

Semana Política



"Ya hemos dicho más arriba, y demostraremos con mayor detalle en nuestra ulterior exposición, que la doctrina de Marx y Engels sobre el carácter inevitable de la revolución violenta se refiere al Estado burgués. Este NO PUEDE sustituirse por el Estado proletario (por la dictadura del proletariado) mediante la "extinción", sino sólo, por regla general, mediante la revolución violenta. El panegírico que dedica Engels a ésta y que coincide plenamente con reiteradas manifestaciones de Marx (recordemos el final de MISERIA DE LA FILOSOFÍA y del MANIFIESTO COMUNISTA con la declaración orgullosa y franca sobre el carácter de la revolución violenta; recordemos la crítica del Programa de Gotha de 1875, cuando ya habían pasado casi treinta años, en la que Marx fustiga implacablemente el oportunismo de este programa), dicho panegírico no tiene nada de "apasionamiento", ni de declamación, ni de salida polémica. La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en ESTA, precisamente en esta idea de la revolución violenta, constituye la base de TODA la doctrina de Marx y Engels".—(V. I. Lenin, "El Estado y la Revolución", Obras escogidas, publicadas por la Editorial Progreso, Moscú 1969, página 287. Las palabras en letras altas, las que van entre paréntesis y entre comillas son del texto original).

En declaración pública el Ministro del Interior, doctor Patricio Rojas, enumeró once hechos graves de violencia ocurridos entre el 19 y el 26 de junio. En ellos se registran daños en las personas y en los bienes públicos y particulares. La más dramática de las pérdidas es el fallecimiento de dos estudiantes de Puente Alto en encuentro con carabineros.

"Responsabilizamos de estos hechos —dijo el Ministro del Interior— al MIR y a militantes del Partido Socialista, evidentemente comprometidos en estas acciones; incitan a la violencia de palabra y de obra, organizan asonadas callejeras, asaltos y acciones clandestinas para preparar los trastornos. Miembros de esos grupos políticos, con la excusa de los procesos seguidos ante los tribunales, son quienes han organizado, financiado y dirigido el campamento de Chahuín; son los que dirigen los grupos de choque; son los que asaltan, atropellan y provocan. Sobre ellos cae íntegramente la responsabilidad de lo ocurrido".

Y más adelante el señor Ministro expresa: "Son estos elementos los que están perturbando un proceso electoral democrático que el país decida su camino, y es deber irrenunciable del Gobierno mantener el imperio de la ley y asegurar que este proceso electoral se realice sin violencia".

Violencia y Unidad Popular

El Ministro del Interior ha culpado sin vacilaciones al MIR y a militantes del Partido Socialista de estos hechos tan condenables ante la ley como ante la conciencia ciudadana.

Ambos grupos políticos pertenecen a la conjunción de fuerzas que apoya a la candidatura del senador Allende, por lo cual la acusación del Ministro del Interior cae frontalmente sobre los partidos de la llamada "unidad popular". No todos ellos han sido acusados expresamente de promover y realizar la violencia revolucionaria, pero no cabe duda de que se hace incómoda para los partidos democráticos la sociedad con quienes se empeñan en destruir el estado de derecho.

Se ha hecho pública la inquietud de los parlamentarios radicales al verse proyectados en una verdadera asociación subversiva, cuyos primeros pasos se dieron en la fundación de "OLAS", a la cual quedó definitivamente vinculado el actual candidato de la "unidad popular", y que sigue mostrando ramificaciones internas y externas con la revolución violenta a escala continental.

Esgrimiendo los antecedentes policiales de que dispone, el Ministro del Interior ha acusado al MIR y a militantes del Partido Socialista de los hechos de violencia que enumeró en su declaración pública formulada anteaer. Ello no exonera por cierto a los otros partidos marxista-leninistas de su complicidad moral e ideológica con la violencia.

La cita que sirve de epígrafe a esta columna, tomada de una edición oficial soviética de

Esta declaración acusatoria del Ministro del Interior reviste singular gravedad.

Deja ella de manifiesto que la violencia es el resultado de grupos políticos que el Gobierno individualiza determinadamente; se trata del MIR y de militantes del Partido Socialista. Queda además en claro que la serie de incidentes registrados en apenas ocho días responde al propósito de perturbar el proceso electoral, lo que significa que sus autores o bien temen perder la elección o son enemigos francos de la democracia. Por último, lejos de haber una magnificación informativa de la violencia, los hechos que la constituyen por desgracia existen, tienen sus autores y se conocen los móviles de éstos.

La Granja, San Bernardo, Ñuñoa, Providencia, Puente Alto, San Miguel, Concepción, Valdivia, Antofagasta, Valparaíso y Santiago han sido teatro de episodios de violencia. La sola enumeración demuestra que el fenómeno se extiende a lo largo del país, y la concordancia entre las acciones subversivas sugiere la existencia de una estrategia global que opera con el fin de frustrar los logros de la democracia chilena.

Dicha estrategia arrastra a jóvenes y niños a las luchas callejeras, exponiéndolos friamente a los mayores peligros. Las ventajas políticas de provocar víctimas valiosas lleva a los extremistas a esta deplorable utilización de la juventud.

las obras de Lenin, ilustra acerca del alcance de la violencia para el marxismo-leninismo. "La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en ESTA, precisamente en esta idea de la revolución violenta, constituye la base de TODA la doctrina de Marx y Engels".

La base de toda la doctrina de Marx y Engels es, según su intérprete más autorizado, Lenin, la idea de la revolución violenta.

Las usuales controversias entre los comunistas ortodoxos y otros marxistas acerca de la posible opción revolucionaria entre la vía legal y electoral, por una parte, y la violencia, por otra, versan sobre las tácticas del momento. Pero los respectivos contradictores están de acuerdo en la estrategia fundamental y en los objetivos finales: ningún marxista-leninista puede rechazar la idea de la revolución violenta, desde que, según Lenin, ella es la base de toda la doctrina de Marx y Engels.

El enojo del comunismo oficialista con la ultraizquierda no reside en una disparidad de fondo sino en que esta última le revela su juego a los adeptos a Moscú y se presenta como más franca y consecuente que ellos.

El país afronta el asalto de quienes pretenden impedir por medio de la violencia la libre expresión del electorado en septiembre próximo. En este difícil momento la opinión pública tiene derecho a pedirles a comunistas, socialistas, maoístas y demás seguidores directos o indirectos del marxismo-leninismo que precisen su posición frente al dilema entre violencia o ley, entre dictadura o libertad.

"Violencia Institucionalizada"

Al conocerse los dramáticos hechos de Puente Alto, el Partido Demócrata Cristiano y la candidatura de don Radomiro Tomić se apresuraron a entregar una declaración que les dejara salida. "Entre los primeros en distinguir la violencia deliberada que algunos audaces crean, con la presión y la lucha que pobladores, grupos sindicales, campesinos y otros ejercen para superar injusticias concretas de todo tipo que muchas veces son la manifestación de un orden que hemos llamado "violencia institucionalizada". Más adelante la declaración demócratacristiana reitera su profunda convicción de que "los problemas de la violencia y el ejercicio de la autoridad sólo serán resueltos en nuestro país dentro de una exigente tarea democrática en que la dirección nacional esté entregada a una autoridad transformadora que base su legitimidad en la realización de las profundas aspiraciones de cambio de nuestro pueblo; que establezca formas de participación popular efectivas y que haga avanzar la sociedad chilena sobre la base del consenso, la disciplina y la justicia, hacia la construcción de una sociedad y una nueva economía".

Esta declaración es una prueba de la confusa actitud de la candidatura demócratacristiana, que parece gobiernista y no gobiernista a la vez, en tanto que procura ahogar los equívocos con la abundancia y brillo de las palabras.

Esa candidatura se opone a la "violencia institucionalizada", es decir, al orden existente en Chile y en otros países democráticos que, como todo orden humano, genera injusticias y errores.

La declaración acepta las presiones y luchas de los postergados para superar injusticias concretas de todo tipo que muchas veces son la manifestación de aquel orden llamado "violencia institucionalizada", pero parece

pedir resignación frente a esta violencia. Admite implícitamente que el personal auxiliar del Ministerio de Educación, postergado por cuatro años con remuneraciones insuficientes, era objeto de la "violencia institucionalizada", pero se alarma de que a esta violencia opongan los estudiantes la violencia real.

Ninguna tendencia política que no aspire a provocar la violencia o que no considere que la revolución violenta es su fin político puede sin riesgos echar a volar la especie de la "violencia institucionalizada". Los eclesiásticos acuden a la caridad evangélica como elemento de resignación frente a la "violencia" institucionalizada, pero un partido político no puede esperar que los ciudadanos comunes dejen de ejercer violencia si están bajo la convicción de que ellos mismos son víctimas de una violencia injusta.

Resulta imposible hablar de que las instituciones no funcionan, y de que hay que cambiarlas de arriba a abajo, porque no sirven, sin que se llegue, como Lenin, Marx y Engels, a la idea de la revolución violenta, o se crucen los brazos frente a los verdaderos revolucionarios.

El problema para la democracia cristiana es aún más grave, por cuanto la "violencia institucionalizada" se ejerce ahora por el régimen que presiden los mismos demócratacristianos.

Esta táctica de protesta sin abandonar el alero gubernativo; esta rebelión contra la "violencia institucionalizada", oponiéndose a la violencia real; esta solución diferida de la violencia para cuando se realicen grandes cambios sociales, son elementos que la opinión pública no comprende bien, y que explican el sentimiento general de que los hechos trágicos de Puente Alto sobrepasaron los deseos de quienes buscan esta línea indefinida.

Alessandri y la Juventud

Los jóvenes partidarios del candidato independiente don Jorge Alessandri llenaron completamente el vasto espacio del Teatro Caupolicán y juntaron una multitud similar en las calles adyacentes.

Los asistentes a la manifestación eran efectivamente jóvenes, venidos desde todos los puntos de Santiago y pertenecientes a todos los estratos socioeconómicos. Se trató pues de un acto de real sentido de la palabra.

El alessandrimismo mostró en esta oportunidad una eficiencia organizadora que llama la atención en una candidatura apoyada por dos tiendas políticas nuevas y por varios movimientos independientes. La concertación de estos factores diversos es un hecho muy positivo para el alessandrimismo, pues demuestra que sus fuerzas pueden emprender tareas comunes y que sus organizaciones no se duermen sobre los laureles de una gran popularidad personalista sino que trabajan con el rigor indispensable en las luchas electorales de esta época.

Queda por resolver sin embargo el proble-

ma de la popularidad del señor Alessandri frente a los jóvenes.

El candidato se presenta a ellos como a todo el público sin hacer el menor esfuerzo de halago o de fingimiento. Es un político que no les habla a los jóvenes de una sociedad nueva, ni de Marcuse ni de J. J. Servan-Schreiber ni de las figuras o fórmulas de moda. Se mantiene en su estilo propio e inconfundible, ajeno a toda suerte de concesiones.

Estas características no fueron óbice para que los aplausos y los clamores más entusiastas rodearan cada párrafo de su extenso discurso en el Caupolicán.

Se diría que los jóvenes adivinan la autenticidad de lo que dice y piensa el candidato independiente. Tal vez cansados con los desórdenes y desorientaciones que los rodean, buscan volver al viejo sentido común de Chile, al pragmatismo y a la sobriedad que dieron grandeza a la República.

Esta interpretación puede valer o no, pero el hecho contundente del Teatro Caupolicán no puede negarse.